

CAPÍTULO VI

Fiestas y navidad en el preludio del nuevo siglo

Marcia Apuy Medrano

El estudio de la sociedad del siglo XIX, permite acercarse a una serie de eventos y recuerdos que han marcado la historia de la memoria colectiva del ser costarricense. En este capítulo se busca analizar algunas de las expresiones cotidianas que con el paso del tiempo caracterizaron las fiestas y navidades en el preludio de un nuevo siglo.

Inicialmente, se enfatizará en el significado que empezó a tener la navidad en el ambiente decembrino. Es indiscutible que la conformación de la sociedad post independentista se impregnó de nuevas costumbres y celebraciones. La navidad no solo cohesionó las comunidades sino que permitió deslumbrar a grandes y pequeños ante las imposiciones que demandaba el nuevo siglo. Este primer apartado procura conocer algunas de las expresiones cotidianas que adquieren dichas festividades en Costa Rica.

Posteriormente analiza la forma en que los nuevos patrones de consumo de esta centuria señalan cambios en la concepción de la festividad navideña. La prensa constituyó un vehículo entre quienes controlaban el mercado y aquellos que tendían a incorporar el gusto por placeres exóticos. La navidad empieza a significar una nueva oportunidad para el naciente capitalismo, donde los costarricenses se veían seducidos por las propuestas del mercado, que ofrecía la posibilidad de disfrutar de la pólvora para las festividades, alimentos de consumo procesados y enlatados, teatro, fiestas de toros, rezos al niño Dios, adornos navideños, estrenos de ropa y hasta juguetes.

El capítulo incluye una descripción de tradiciones como las corridas de toros. Se dará un vistazo al mundo de los tablados en el

contexto navideño y la movilización que esta actividad provocó en la sociedad costarricense. Finalmente, se describe la importancia que tuvo el ferrocarril para el disfrute de los ciudadanos en estas fechas. El hecho de contar con una nueva alternativa en los medios de transporte público, hizo posible que muchas familias lograran moverse en menor tiempo y con mayor confort a pasar las festividades con sus amigos o allegados. Los rieles ferroviarios marcaron novedosas formas de imprimir a estas fechas una particular importancia.

Celebrando noche buena en el siglo de la independencia

La navidad como festejo tradicional ha generado múltiples sentimientos entre los pobladores de la Costa Rica del siglo XIX, los cuales se ven reflejados desde sus preparativos en días previos, hasta la llegada de fechas culminantes, como la nochebuena o el festín que provocaba el advenimiento de un nuevo año.

El surgimiento de estas fiestas constituye parte de la herencia colonial que caracterizó a las sociedades emancipadas latinoamericanas, que empezaron el largo camino en la construcción de elementos que dieran identidad propia a estas y otras celebraciones. Costa Rica, que desde los inicios de vida independiente incluye dentro del Pacto Social Fundamental Interino o Pacto de Concordia que la religión del Estado fuera la católica¹, le imprime a la navidad un significado particular donde la celebración del nacimiento del hijo de Dios no solo es motivo de alegría sino que demandaba un sentimiento de unión y paz entre los pobladores.

Para 1825, John Hale, viajero inglés de paso por Costa Rica, afirma que durante las fechas de fin de año “Villavieja era una de las poblaciones más antiguas de la provincia y poseía una iglesia muy decente en la plaza mayor, frente a la cual se celebraban las fiestas de Navidad”.² Esta observación, deja claro que desde tiempos próximos a la colonia la navidad se constituía en motivo de festividad para los pobladores, quienes se reunían en el lugar más estratégico de la villa, la llamada Plaza Mayor, sitio donde se llevaban a cabo las actividades de más relevancia para la sociedad de la época. La navidad empezaba a estar acompañada de una serie de simbolismos que poco a poco van adquiriendo rasgos propios, los cuales iban desde las tradicionales comidas que se sirven en la mesa de los costarricenses hasta las festividades que por cerca de dos semanas se efectuaban en la capital.

¹ El Capítulo 2º denominado *De la religión*, del mencionado Pacto de Concordia establece en su artículo 3º lo siguiente: “La religión de la Provincia es y será siempre la Católica, Apostólica, Romana, como única verdadera, con exclusión de cualquiera otra”. Al respecto ver: Archivo Nacional de Costa Rica (A.N.C.R.), Provincial Independiente, f. 102.

² Ricardo Fernández Guardia. *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1972, p. 26.

La navidad constituía la oportunidad perfecta para que los pobladores se reunieran e intercambiaran sentimientos diferentes a los que cotidianamente les demandaban sus jornadas en los cafetales o en las labores agrícolas, haciendo de sus espacios de esparcimiento algo bastante restringido que de forma general se limitaba a visitas a la iglesia el fin de semana o a las tertulias que se generaban cerca del centro de los pueblos los fines de semana. Por tanto, las festividades de fin de año se fueron convirtiendo en una opción que en definitiva encantó a los pobladores, quienes empezaron a identificar estas fechas con un tiempo de “general regocijo en el que se entregan a representaciones teatrales, fundadas en algún argumento doméstico y adecuada a la capacidad de los actores que generalmente son indios y negros. El escenario lo forma generalmente la galería externa de una casa, la platea y los palcos la calle, y el cielo raso el firmamento estrellado. Los vecinos contribuyen prestando sus bancas y taburetes para el acomodo de la audiencia. No se pagaba para ver la función y en los entreactos, en vez de la música, se queman cohetes”.³ Sin duda eran tiempos donde las relaciones entre los vecinos se veían fortalecidas a partir de los llamados aires navideños. Estas actividades tuvieron particular importancia porque al no realizarse dentro de un teatro, generaban la posibilidad de convertirse en una diversión pública donde podían participar los diferentes miembros de la familia en una interacción llena de afectos y convivencia social.

Otro rasgo que caracterizó estas actividades lo constituye el hecho de recrear situaciones cotidianas que permitieron al público reconstruir algunos de sus espacios cotidianos de forma colectiva, situación que de alguna forma hizo posible la transmisión oral de algunas vivencias y tradiciones. Al respecto es importante señalar que el teatro tuvo gran difusión durante este siglo,⁴ en el cual donde compañías extranjeras pusieron en escena obras de la literatura universal y óperas entre otras. Sin duda esto influyó en la visión de arte de los grupos de mayor poder adquisitivo de entonces, para quienes la asistencia al

³ *Ibid*, p. 30.

⁴ Ver: Patricia Fumero Vargas. Teatro público y Estado en San José. Una aproximación desde la historia social. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1996.

teatro significó un símbolo que lo identificaba con un sector social específico que podía acceder no solo al pago de la actividad sino al vestuario requerido para disfrutar de esta. De manera que, a diferencia de estos grupos, el teatro callejero definitivamente se convirtió en una diversión que logró aglutinar al pueblo en general en tiempos de navidad.

Estos espectáculos también se vieron acompañados de diversiones nocturnas que “concluían con bailes, fuegos artificiales, etc, y como en esta ocasión todas las gentes de la provincia que podían hacerlo se reunían en la villa, en general se acostumbraba mucha hospitalidad, mucha jovialidad, muchos regocijos que duran varios días”.⁵ La cita, procedente de un relato escrito por un viajero británico, deja ver el ambiente de festividad, regocijo y confraternidad que se vivía en el país con el arribo de las actividades que se organizaban en torno a las fechas de fin de año.

De igual forma es posible afirmar que la navidad imprimió a la población un sentimiento de alegría que se hizo evidente en la proliferación de múltiples avisos incorporados en la prensa de la época, donde se empiezan a perfilar nuevos artículos que ampliaron el gusto del costarricense para esta fiestas. Un ejemplo de esto es lo indicado por el *Boletín Oficial* que para 1875 anunciaba: “Para la Pascua de la Natividad, se han recibido desde Guatemala muy buenos nacimientos ó imágenes de los que se hallaron presentes al verificarse aquel misterio y las figuras correspondientes. Se encuentran de venta en esta Ciudad y á precios equitativos, en casa de la Señora Doña Manuela Alcázar de Paut”⁶. La venta de representaciones del nacimiento imprimió a los festejos la posibilidad de llevar a casa un capítulo que marcaría estas celebraciones y que dio paso a configurar poco a poco las tradicionales posadas y los llamados rezos al niño Dios.⁷

⁵ Fernández Guardia, Op.Cit, p .26.

⁶ *Boletín Oficial*, 05/10/1875, p. 4. Patricia Fumero, refiriéndose al tema de los anuncios en la prensa escrita señala: “Entre 1890 y 1919, la publicidad sobre la época navideña se diversificó y se especializó; al tiempo que promovía la difusión de tradiciones como el portalear, asociada con nuevos patrones de consumo (los materiales para el portal y el árbol de Navidad)”. Ver: “¿Viene Noel. La Navidad Moderna en San José?”, p. 81.

⁷Ver: Luis Ferrero Acosta. *La navidad en Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2003.

La actividad de venta de imágenes alusivas estuvo presente incorporando nuevos patrones de consumo propios para estas épocas, donde fue común encontrar avisos vendiendo “Nacimientos, Angeles de Gloria y Candelitas de colores para los árboles de Navidad, ofrecidos en la Librería Católica de Antonio Lehman”.⁸ Alternativas como estas empezaron a dar un sentido colorido y diferente a estos días, al menos para la población capitalina, que recorría con ojos de novedad las celebraciones navideñas. Sobre este particular Patricia Fumero anota que “La variada oferta de productos, y el afán de importarlos directamente de Europa para diciembre, sugiere que, a fines del siglo XIX y principios del XX, se conformó un mercado de consumidores navideños”.⁹ Por supuesto, en este contexto interviene una variable determinante como es el mayor poder adquisitivo que tienen los trabajadores para este periodo. A pesar que la crisis llegó a golpear de modo efectivo la economía nacional hacia fines de la década de 1890, resultado del volátil precio del café en los mercados internacionales, resulta visible, a juzgar por la fuerte presencia de anuncios publicitarios de artículos y ornamentos navideños en la prensa escrita, que esta práctica estaba adquiriendo un fuerte arraigo entre los ciudadanos capitalinos.

Una de las actividades que en definitiva marcaron estas fiestas fueron las tradicionales posadas¹⁰, que anunciaban la llegada del nacimiento del niño Dios y permitían a los infantes incorporarse de lleno a estas galas. Niños y niñas se convirtieron en protagonistas de estas fiestas al desempeñar el papel de pastorcillos, quienes gracias a los cantos de villancicos no solo realizaban una función evangelizadora

⁸ *El Herald de Costa Rica*, 18/12/1898, p. 4. Florencia Quesada afirma que “La modernidad se vivió en San José en las primeras décadas del siglo XX, a través de las nuevas diversiones urbanas en las fiestas cívicas de fin de año, que se constituyeron en el evento de mayor importancia en la capital y se celebraban en los parques públicos”. *La modernización entre cafetales. San José, Costa Rica, 1880-1930*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2011, p. 146.

⁹ Fumero. “¿Viene Noel. La Navidad Moderna en San José?”, p. 84.

¹⁰ Las posadas constituyen una tradición de raíces coloniales que suele celebrarse durante los nueve días previos a la navidad con la idea de recordar el peregrinaje de José y María, desde su salida en Nazaret hasta Belén, en busca de un lugar donde alojarse para esperar el nacimiento de niño Jesús.

en la sociedad al recordar la importancia de las creencias religiosas, sino que además llenaban de alegría las calles y familias que visitaban, cuyo único requisito era tener en casa un nacimiento que retratara la semblanza de la llegada del niño Jesús.

En la navidad de 1895 se publica un cuento de Manuel González Zeledón titulado *Nochebuena* donde éste describe, que la tan esperada actividad de los pastorcillos se acompañó no solo de voluntad y cantos alusivos sino que incluso algunos niños se preparaban con atuendos especiales que en casos, como el de su personaje se “componía de una chaquetilla ajustada a estilo mujeril, de color verde esmeralda, con botones de hueso, un pantalón corto y ancho de color anaranjado con franjas azules, un birrete de coletilla amarillo con hermosa pluma de gallo, un par de medias maternas, rayadas de azul y blanco, una caña brava, con flores de trapo y campanillas de cobre en la punta superior, a modo de cayado y una zalea de color ladrillo. Era –decía el niño– mi equipo de pastor, mi uniforme de gala, con el que debía recorrer desde las cuatro de la tarde hasta media noche, cantando y bailando, todos los portales de la capital, en unión de veinte compañeros muchachos y muchachas.”¹¹

Esta experiencia acerca de las celebraciones de la época plasmada en un cuento del siglo XIX se reviste de importancia cuando en repetidas ocasiones la prensa de entonces señalaba con gusto como poco a poco las familias comenzaban a imprimirle a estas fiestas un aroma que desataba un significado realmente propio. Los portales se caracterizaron por su “olor a piñuela y cohombro, albahaca y piña, con sus racimos de limas y naranjas, y vidrios representando tranquilos lagos, con sus entierros, procesiones, carreteras, degollación de inocentes, escenas populares, críticas de costumbres, lluvias de hilos de plata, luna y sol de cartón dorado y cercas de piedra y barro de olla”.¹² Sin

¹¹ *La Patria*, 24 /12/1895, p. 3.

¹² *La Patria*, 24/12/1895, p. 3. Sobre el tema de los portales, Patricia Fumero señala: “Antes de fabricarse las piezas en serie, era muy difícil para la gente común tener un portal en su casa, puesto que las figuras debían ser talladas por los imagineros, gasto que la mayoría no podía afrontar. En la década de 1890, los comerciantes expendían las piezas en forma individual y más baratas que antaño, por lo que las familias podían ir comprando una o varias figuras cada vez, para iniciar o agrandar la representación e inclusive para sustituir las piezas que se habían dañado”. Ver: “¡Viene Noel! La Navidad Moderna en San José”, p. 80.

lugar a dudas estas referencias permiten identificar la construcción de una tradición y la forma progresiva en la cual la población iba incorporándose a ella.

Como bien lo apunta Hobsbawm, refiriéndose al tema de las tradiciones inventadas, éstas se refieren “al conjunto de prácticas recogidas, normalmente por reglas manifiestas o aceptadas tácitamente y de naturaleza ritual o simbólica, que buscan inculcar ciertos valores y normas de comportamiento por medio de la repetición, lo que implica de manera automática una continuidad en el pasado”¹³. En este caso, estas representaciones de los portales y posadas se convierten, en esencia, en una característica de la navidad costarricense que se acompaña comúnmente de diversiones públicas que recogen el sentir de los vecinos que después de los cánticos y rezos se preparaban para una “espumosa chicha y el picante chinchibí y los ricos tamales y el jolgorio y el bailoteo los cantos y los triquitraques”.¹⁴ En el periódico *La Prensa Libre* una nota sobre este particular indicaba lo siguiente: “se aproxima el día en que se conmemora el nacimiento del ungido como Profeta, Sacerdote y Rey, y como ese día todo el orbe dedica un recuerdo alegre al Divino Maestro, se están preparando muchos con sus portales o nacimientos, con la chicha y los tamales. De seguro que no quedará ser que no se digne hacer una tamalada en regla. Que no se indigesten son nuestros deseos”¹⁵

Lo citado anteriormente demuestra como poco a poco se le va dando a la celebración de noche buena una connotación especial que se define desde estos tiempos “como dos palabras gratas que el solo escucharlas nos hacen pensar en los grandes misterios de la alegría. Esta es la reina de las noches, ¡Quien lo duda! ¡Que de bailes! ¡Que de tamales y cenas suculentas! ¡Cuántos semblantes risueños, cuántos corazones rebosando de amor, ¡todo es hermoso en esta noche!”¹⁶ Esta conmovedora descripción se ve acompañada de una febril actividad comercial que se evidencia en las múltiples ofertas de diversos

¹³ Eric J., Hobsbawm. “Inventando tradiciones”, *Historias*. México, No. 19 (octubre-marzo de 1988), p. 3.

¹⁴ *La Patria*, 24/12/1895, p. 4.

¹⁵ *La Prensa Libre*, 18/12/1896, p. 3.

¹⁶ *El Heraldo de Costa Rica*, 20/12/1893, p. 2.

artículos anunciados como novedad para estas fechas. Los mismos van desde ropa de moda, juguetería, lozas, adornos, juegos artificiales, y por supuesto la necesidad de ampliar nuevas degustaciones en el paladar a través de vinos y alimentos importados para acompañar la buena mesa. Ejemplo de esto es el aviso publicado por la pulpería La Flor donde se recibieron mercancías para vender “tanto al por mayor y menor. Algunos de estos artículos fueron los quesos de Flandes, redondos. Te negro y verde. Sardinas de superior clase. Confituras. Fideos. Mantequilla. Pasas. Ciruelas. Puros del Salvador. Aceitunas. Encurtidos. Ostiones. Jamones ingleses, superiores. Petit Pois. Siropes. Galletas Pic nic. Almendras, Naipes y otra multitud de artículos”¹⁷

Diversos negocios josefinos invitaban a los habitantes a la adquisición de artículos para estas celebraciones. Su consumo es una evidencia del refinamiento en el gusto derivados de cambios experimentados en la Costa Rica de aquel entonces, donde las fiestas decembrinas tampoco escaparon a los requerimientos de una economía agroexportadora “encabezada por el cultivo del café, que supuso decisivas variaciones económicas y sociales: privatización de la tierra, expansión del crédito, auge del comercio exterior y alza en la compra y venta de trabajo. La construcción de una economía nacional y del Estado fue el trasfondo de un amplio cambio cultural, que empezó a trastocar los antiguos patrones de vivienda, consumo, diversión y vida cotidiana”.¹⁸

En este contexto y de forma progresiva la navidad se empezó a instituir en los principales comercios de la ciudad, quienes a través de la prensa anunciaban artículos que hacían de la fiesta de navidad la más esperada por los niños. Al respecto, el almacén La Giralda anunciaba la llegada de “gran surtido de dulces y otras novedades para esta fecha”¹⁹. El Bazar de San José, por su parte, divulgaba que “Para la Noche Buena se acababa de recibir una caja conteniendo Pasos de varios precios. Poblaciones, fortalezas, juegos de loza pequeños, jue-

¹⁷ *Boletín Oficial*, 7/12/1874, p. 3.

¹⁸ Iván Molina Jiménez. *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica y Editorial de la Universidad Nacional, 1995, p. 169.

¹⁹ *El Heraldo de Costa Rica*, 22/12/1897, p. 4.

gos de muebles. Angeles de todos tamaños y un inmenso surtido de juguetes, todos a precios sin competencia. Tenemos especial gusto en avisar al público que para mayor convivencia de las señoras y señoritas, hemos conseguido el servicio de dos muy estimables señoritas²⁰. Estos avisos permiten visualizar la intención de variados comerciantes y empresarios para hacer de la noche buena no solo un día de festividad que preludiaba el arribo del niño Dios, sino también una oportunidad para celebrar el término de un año y el surgimiento de nuevos proyectos para el venidero; todo ello enmarcado bajo el signo de la expansión mercantil que traía consigo el arribo del capitalismo a la nación.

Los nuevos patrones de consumo

Como consecuencia de las transformaciones que estaban sucediendo en la Costa Rica del siglo XIX, los gustos de los costarricenses fueron ampliándose en varios sentidos. Particularmente, en las fechas de fiestas decembrinas surgió una novedosa preocupación por cuidar el aspecto personal y lucir acorde a las celebraciones que anunciaban la importancia de la navidad. Por tanto, fue bastante común que bazares, tiendas y comercio en general anunciaran artículos que permitían realzar encantos femeninos y masculinos sin distinción alguna. Al respecto se ofrecía para las fiestas “un hermoso y variado surtido de ropa hecha de casimir, sombreros de Pita muy finos, rebosos de seda -media seda- i algodón, grandes i pequeños, que se encuentran en venta en las tiendas de Jacinto y Pedro García”.²¹ En la tienda de Paul Wedel se brindaba artículos que pretendían complacer el más variado y exigente gusto, pues según su dueño se tenía a disposición “un excelente surtido de telas y otros artículos de primera clase para la próxima estación. La novedad más importante es que en esta acreditada tienda hay lo que pide el grande y el pequeño lujo. Los pobres y los ricos tienen allí lo que exige su ambición. Señoras y niñas, caballeros y señoritos, encontraran en mis estantes cuanto sea de más elegante para vestir. Mi surtido llega desde Europa. Tengo especialidad en tra-

²⁰ *Boletín Oficial*, 05/10/1875, p. 3.

²¹ *El Comercio de Costa Rica*, 25/12/1870, p. 3.

jes para niñas, para exhibiciones de la alta clase en paseos, salones y bailes”.²² En esta misma dirección, el *Boletín Oficial* anunciaba para las fiestas que “En la SOMBRERERÍA DE M. ACOSTA, contiguo a la Botica Francesa se ha recibido una partida de sombreros de pita finos, entrefinos y ordinarios, que se venden desde seis reales hasta 17 pesos uno. También se han recibido legítimos PUROS HABANOS, que se realizan á precios cómodos”.²³

A partir de lo anterior se puede indicar que las fiestas decembrinas se vivían, en algunos círculos, de acuerdo al poder adquisitivo de familias que se embelesaban por los encantos de un mercado. El período en estudio ubica información sobre colectas de regalos para niños pobres y huérfanos durante estas fiestas. Prueba de lo dicho es un anuncio que señalaba: “las personas que deseen obsequiar a los niños huerfanitos del Hospicio de esta capital los juguetes que han de abandonar los niños al recibir los regalos de Pascua, sírvase enviarlos á la tesorera del Hospicio con doña Lili Mesa”.²⁴ Acciones como estas se desarrollaron también a través de actos de caridad donde el objetivo de las distintas actividades fue colaborar con los niños más necesitados al calor de los días festivos. Así, un 22 de diciembre de 1897 se promovía en el Teatro Variedades “la función a beneficio de los niños pobres. Donde el precio de las localidades es luneta \$1.25 y la entrada general \$0.50”.²⁵ Tres días después se *El Heraldo de Costa Rica* señalaba, refiriéndose al caso anterior, que “los regalos para niños pobres se repartirán mañana a las 12 md”.²⁶ Las celebraciones de fin de año movían, como se puede apreciar, el espíritu filantrópico de muchos ciudadanos en el país. Estaban sustentados, en múltiples ocasiones, en el sentido de la beneficencia, de la solidaridad con aquellos sectores de la sociedad mayormente desprovistos de las condiciones materiales de existencia precisas para satisfacer un conjunto de necesidades básicas.

²² *El Heraldo de Costa Rica*, 22/11/1893. P. 3.

²³ *Boletín Oficial*, 30/11/1874, p. 4.

²⁴ *La Unión Católica*, 17/12/1891, p. 3.

²⁵ *Diario de Costa Rica*, 23/12/1897, p. 4.

²⁶ *El Heraldo de Costa Rica*, 25/12/1897, p. 3.

La tradición de hacer de estas celebraciones el momento óptimo para entregar obsequios se fue institucionalizando de forma progresiva hacia fines del siglo XIX. Desde meses próximos a la navidad es posible identificar avisos de forma regular promoviendo la venta de “cajones de juguetes de diferentes clases”.²⁷ También se localizan anuncios muy reveladores al respecto: “BAZAR ESCANDINAVO HAY REGALOS PARA NAVIDAD Y PASCUA. Están llegando novedades”.²⁸ En la misma dirección, el Almacén de Música de Aberle & Vargas divulgaba anuncios interesantes: “JUGUETES! JUGUETES! Para la Noche Buena, ha llegado el mejor surtido, todo de novedad. Hacemos grandes descuentos en ventas por mayor en esta ciudad y en Provincias”.²⁹ Algunas de estas referencias sin duda calaron en los ciudadanos que comenzaban a disfrutar de las novedades que trajeron consigo estas conmemoraciones. La difusión comercial que hace prensa escrita de la venta de artículos relacionados con las conmemoraciones decembrinas constituye un aspecto que en el transcurrir de los tres lustros finales del siglo XIX se va a fortalecer e incorporar en las páginas de los diarios capitalinos.

Un aspecto que hace diferencia en el ambiente navideño de la época, es la importación de alimentos sofisticados para engalanar la mesa, tanto en la celebración de noche buena como en la de año nuevo. Algunos ejemplos lo constituyen las célebres frutas de temporada importadas del continente europeo y de la costa oeste de los Estados Unidos. Algunos avisos promovían su venta en los siguientes términos: “¡ UVAS FRESCAS! Acabaditas de llegar de España, se hallan de venta por barriles ó al menudeo en “La Buena Ventura”.³⁰ Por otra parte, en la Pulpería del Carmen se ofrecían “Manzanas de California a \$40 cs. libra.- Vino Zinfandel á \$11.50cs. caja Vino Angélica a \$12-00 caja-Vino Catalán, Jerez y Burdeos á 75cs botella.-Whiskey á \$90cs. botella-Pasas en cajas de 10 y 20 libras a 35cs. libra.- Vasos de cristal

²⁷ *La República*, 12/11/1887, p. 3.

²⁸ *El Heraldo de Costa Rica*, 03/12/1897, p. 3.

²⁹ *La Prensa Libre*, 18/12/1896, p. 3.

³⁰ *La República*, 17/12/1892, p. 1. *La Gaceta. Diario Oficial* (16/12/1885) anunciaba al respecto lo siguiente: “NOCHE BUENA. Uvas frescas malagueñas, ex moselle último, recibió hoy. La Marina”, p. 4.

para agua á 1.50 docena-vasos de cristal para tragos, Galleta de soda, latas de 16 lbs. á \$5.50. Y otros”.³¹

Otra alternativa que desde entonces se consideraba toda una exuberancia, era el consumo del pavo para la cena navideña. Sobre este particular en la prensa escrita no faltaban avisos donde se enaltecía el placer que representa su consumo: “no comer pavo en noche buena (exceptuando a los que van al baile es un crimen. ¡Oh! el pavo, el pavo de noche buena! Don Luis Arce propietario de la Botillera Española ha pensado en esa necesidad y tiene desde hace días decenas de chompipes, engordado a todo engordar y un cocinero listo para que los prepare de chuparse los dedos. Ha discurrido un modo de que cada pavo salga costando una bicoca. A comer pavo, y por lo que toca a vosotras, niñas bellas a comerlo también, que ese pavo no es temible”.³² Lo señalado con anterioridad sugiere que con el transcurrir del tiempo la población capitalina de entonces fue diversificando e incorporando de forma progresiva a estas celebraciones, ciertos placeres ajenos a su entorno, la mayor parte de ellos procedente de los países que en materia de moda y de poder se encontraban a la vanguardia en el mundo.

El Estado costarricense también hizo lo propio en materia de seguridad, debido entre otras cosas a que no solo al interno de las familias se celebraban estas galas sino que se promovían las llamadas fiestas cívicas, actividades donde se involucraban los distintos sectores de la sociedad, tanto en la capital como en las zonas rurales. Parte de estas festividades comprendían el teatro callejero, así como el que se llevaba a cabo en el ámbito privado, como ya se ha señalado, de igual forma la llegada de artistas desde el extranjero, conciertos, concursos de bandas, arribo de circos, los llamados juegos de pólvora, fiestas de disfraces con desfiles y carnaval³³, además de una actividad muy

³¹ *La Gaceta. Diario Oficial*, 10/12/1885, p. 4. En *La Gaceta. Diario Oficial* (19/12/1885) se anunciaba en su página 4 lo siguiente: “CHRISTMAS-TREE. Higos de Smyrnia y de Valencia. Pasas de Málaga de la última cosecha, en cajitas de lujo y por arrobas. Para noche buena. Turrón de Alicante fresco á \$1 lb.-“.

³² *Diario de Costa Rica*, 22/12/1897, p. 4.

³³ Un aviso inserto en *La Gaceta. Diario Oficial* (19/12/1894) se indicaba lo siguiente en relación con el tema de los concursos de disfraces: “Esta Gobernación ha dispuesto conceder el premio de CINCUENTA PESOS (\$50-00) á cada uno de los cuatro mejores disfraces

esperada, el espectáculo de plaza de toros. Como es de suponer, no era tarea fácil mantener el orden en medio de tal multiplicidad de diversiones, que en muchos casos se vio acompañada del uso de licores.

Ante esta situación, la policía de San José publicaba avisos cuya finalidad era resguardar el orden y control social, recordando a todos los ciudadanos que participaran de estas fiestas que “era absolutamente prohibido por la ley portar armas y por tanto la Policía doblará su celo en este sentido sobre todo durante las fiestas próximas para así evitar desgracias. Las personas que se hagan culpables de esta falta sufrirán una pena de diez a cien pesos de multa, o su equivalente en arresto conforme lo dispone el Código Penal en su artículo 5to, inciso 3ro. Agencia Principal de Policía, San José 18 de diciembre de 1894”.³⁴ Además del riesgo que implicaba el no cumplimiento de tales normativas el pueblo en general debía tener claro cómo guardar su comportamiento en medio de estas diversiones. Incluso, la Gobernación de la provincia de San José llegó a acordar en diciembre de 1895 que “con el objetivo de guardar el orden público en los días de las próximas fiestas cívicas de esta capital, se prohíbe lanzar gritos en el recinto de la ciudad. Quedando incurso en la multa correspondiente el que contravenga esta disposición”.³⁵

Lo anterior hace pensar, que durante los días de los festejos, las autoridades policiales tenían un papel fundamental en el cuidado y resguardo de los ciudadanos. Este tipo de disposiciones emanadas por las autoridades de la Municipalidad de San José y sustentadas en leyes emanadas por el poder ejecutivo, tenían un fin primordial de preci-

voluntarios que en las próximas fiestas cívicas se presenten.- Los premios serán adjudicados por un jurado imparcial y competente, que se nombrará con la debida anticipación. Gobernación de la provincia de San José. 18 de diciembre de 1894. VOLIO”, p. 6. Un relato de las fiestas en San Ramón de Alajuela inserto en el *Diario de Costa Rica* (28/01/1885) resalta el tema de los disfraces en dichas festividades: “Hay preparados más de 25 diferentes trajes nuevos para los disfraces del primer día”, p. 3.

³⁴ *La Gaceta. Diario Oficial*, 28/12/1894, p. 6.

³⁵ *La Gaceta. Diario Oficial*, 01/01/1896, p. 4. En *El Independiente Demócrata* (07/01/1893) una crónica de las festividades de fin y principio dejaba ver el problema que para la seguridad representaba el tema de consumo de alcohol: “Las fiestas anuales de nuestra capital, estuvieron sumamente concurridas pero como siempre sucede, el Dios Baco hizo de las suyas; hubo palos de parte de la celadora del orden público y buenas puñadas de la de los ciudadanos; ello es, que lo que se llama *arrugar la cafetera*, estuvo de lo lindo”, p. 3.

sar políticas de control social; esto es, iniciativas tendientes a normar y regular el comportamiento de las personas. Como bien lo apunta Juan José Marín para el caso de Costa Rica, “la configuración de los mecanismos formales de control social se estableció a través de la promulgación de los códigos penales y de policía. A través de ellos la clase dominante costarricense diseñó una política moralizadora que pretendía inculcar al resto de la población”.³⁶

Otra de las responsabilidades que debía asumir la autoridad de policía en materia de organización y control era respaldar los acuerdos emanados por la Municipalidad en cuanto a la regulación que correspondía al transporte en los sectores centrales de la ciudad. En este particular se prohibía “que los carruajes del servicio público transiten durante las fiestas próximas por la Avenida Central Oeste para ir a la Sabana, excepto aquellos que se sujeten á cobrar por carrera la cuota de cincuenta centavos, entendiéndose por tal carrera desde la esquina Sureste del mercado hasta el punto de reunión en la Sabana, para lo cual se previene lleven en lugar visible la tarifa correspondiente con expresión del precio por carrera a la Sabana”.³⁷ Sin duda, tantas actividades implicaron un esfuerzo de organización para planificar el funcionamiento de la movilización de los distintos transportes acostumbrados en la época que iban desde caballos, diligencias, volantas, carruajes y hasta el ferrocarril, que como se verá más adelante, tuvo particular importancia en medio de las fiestas cívicas de navidad y principios de año.

La movilización entre los vecinos para los distintos eventos fue de tal importancia que inclusive se daban en alquiler algunos medios de transporte, que además eran útiles para participar de los llamados concursos de disfraces, carnavales y desfiles de carruajes organizados por la misma Municipalidad. Fue común encontrar avisos donde se ofrecían al público, “magníficos caballos de alquiler. Y para el que sea amigo de la equitación elegante, acérquese a la Caballería del Pacífico de ESTANISLAO BELTETÓN.”³⁸ También para estas fiestas en “la

³⁶ Juan José Marín Hernández. *Prostitución, honor y cambio cultural en la provincia de San José de Costa Rica: 1860-1949*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007, p. 71.

³⁷ *La Gaceta. Diario Oficial*, 28 /12/1894, p. 6.

³⁸ *La Gaceta. Diario Oficial*, 10/12/1885, p. 4.

caballería de Tomás Vargas frente a la de Estanislao Beltetón, antes de Manuel S. Esquivel, se alquila por horas, una volanta de dos asientos cómodos y con su correspondiente caballo”.³⁹

Esta posibilidad hizo que algunos lugareños participaran de las fiestas siendo no solo espectadores sino protagonistas de eventos, como los mencionados desfiles de carruajes que desde finales de este siglo se convierten en parte de la tradición de las fiestas navideñas en Costa Rica. Se destaca que estos desfiles llenaron de regocijo a parroquianos y visitantes donde no había “duda que una de las cosas que dan más lucimiento á las fiestas de esta capital es el desfile de los carruajes por la Quinta Avenida, pero cuando se ha tenido cuidado de regar suficientemente la calle, porque si no se levanta una nube de polvo que molesta al público”.⁴⁰ Estos espacios para la diversión despertaron múltiples pasiones entre los asistentes quienes veían en ellos la ocasión para disfrutar de este espectáculo y además la posibilidad de encontrar con suerte alguna fémina que con sus encantos hiciera de estas fechas algo todavía más estimulante pues, ellas se hacían presentes de muchos pueblos y por supuesto de la capital. Esta experiencia se describe en los diarios de la época como algo realmente de disfrute para el gusto masculino quienes esperaban su visita e indicaban que “Es un encanto fantasear allí. La cita galante de la capital á la belleza y el buen tono del país entero, ha de sonar de modo delicioso, al oído de mil y mil hechiceras hijas de nuestras ciudades. Vendrán en parangón con las josefinas, poseídas de su valor y convencidas de lo difícil que es luchar contra ellas, vendrán envueltas en seda, bien olientes, mórbidas y esbeltas, unas a derramar sonrisas de sus ojos morenos, otras a recoger corazones entre sus rubios cabellos, muchas vendrán, y ansiosa la mirada, recogerá la belleza nacional en sínte-

³⁹ *El Heraldo de Costa Rica*, 01/01/1891, p. 3.

⁴⁰ *El Independiente Demócrata*, 31/12/1892, p. 4. En *La Gaceta. Diario Oficial* (28/12/1894) se llamaba la atención sobre el tema del riego de las calles: “Se avisa á todos los propietarios de uno y otro lado de las calles macadamizadas que el impuesto de \$0-25, por metro lineal de riego en cinco meses de verano, debe satisfacerse conjuntamente con los impuestos municipales en los primeros quince días del 1º y 2º trimestre de 1895.- Artículo 2º decreto de 8 de junio de 1888. Gobernación de la provincia de San José, diciembre 15 de 1894. C. VOLIO”, p. 6.

sis.”⁴¹ Indiscutiblemente, las fiestas capitalinas dieron paso a mucha galantería y quizá a más de un romance que generó expectativa entre quienes podían deleitarse de las múltiples actividades programadas para estas fiestas.

De esta manera, tanto visitantes como josefinos encontraban una agenda de actividades que incluían la llegada de espectáculos foráneos como el anunciado Circo Donovan que “cruzó las calles haciendo sonar sus áureos instrumentos...anunciando que esta noche será la primera función frente al Edificio Metálico”,⁴² hasta la posibilidad de disfrutar de hermosos conciertos que tenían lugar desde inicios del mes de diciembre primero en el Parque Central y otros días en el Parque Morazán, especialmente en los días de fiestas de esta capital. Cabe mencionar que los conciertos convocaban gran afluencia tanto de público como de participantes, quienes se reunían para los aclamados concursos de Bandas Militares de las distintas provincias del país que se realizaron desde finales del siglo XIX.⁴³

Los conciertos de bandas manejaron programas que dieron a la semana de fiestas navideñas el realce que solo la música podía incorporar a las noches en la ciudad capital. Muestra de esto es el programa que se anuncia en diciembre de 1894, por parte de la Dirección General de Bandas de San José, quienes invitan al público a participar desde las 7:30 p.m. del 29 de diciembre al 1º. de enero de ese año con un programa que incluía diversidad de géneros musicales como valses, óperas entre otros, como se puede apreciar a continuación:

⁴¹ *El Heraldo de Costa Rica*, 25/12/1898, p. 3.

⁴² *Diario de Costa Rica*, 28 /12/1897, p. 3.

⁴³ *La Gaceta. Diario Oficial*, 30/12/1894, p. 5. Marín Hernández apunta que “configurar un sistema de control social basado en el disciplinamiento de las costumbres de los sectores populares, con el fin de adecuarlos a los nuevos sistemas de producción que exigía el capitalismo agrario, transmitir su visión de mundo al resto de la sociedad y justificar su hegemonía social. Para ello debieron normar las costumbres que ocasionaron a su vez que los mecanismos formales de control social tuvieran una faceta civilizatoria”. *Prostitución, honor y cambio cultural*, p.66.

“PROGRAMA”⁴⁴

De los conciertos que tendrán lugar, el primero en el Parque Central y el Morazán, durante los días de las fiestas cívicas de esta Capital. Con el concurso de las Bandas Militares de las Provincias.

Día 29

- | | |
|--------------------------------------|---------------|
| 1. Obertura de Lestocu. | AUBER |
| 2. Samsom y Dalila ópera de | SAINT-SAENS. |
| 3. Fantasía Sur la Mutte de Portici. | AUBER. |
| 4. Arco en el cielo. Valse. | CARLOS FOARE. |

Día 30

- | | |
|--------------------------------|--------------|
| 1. Royal Tamboul et Vivandière | RUBINSTEIN. |
| 2. Samsom y Dalila. Ópera de | SAINT SAENS. |
| 3. La plegaria de los Francs | V.BUOT. |
| 4. Violetas – Valse de | OERING. |

Día 31

- | | |
|-------------------------------|--------------|
| 1. Himno a Víctor Hugo | SAINT SAENS. |
| 2. Festival – Fantasía | RAUSKI. |
| 3. Cuarta Fantasía del Fausto | GOUNOD. |
| 4. Francia Obertura | V. BUOT. |

Día 1

- | | |
|--------------------------------------|--------------|
| 1. Joyeux Moulin du Parc Fantasía | SELLENICK. |
| 2. Bouquet de Melodías. Ópera Carmen | BIZET. |
| 3. El Cid Ópera de | MASSENET. |
| 4. Sinfonía Valse | P. COIMQUET. |

Σ *Dirección General de Bandas, San José 19 de diciembre de 1894*

Este tipo de actividades fueron, sin duda, del disfrute del público que para estas fechas, aprovechaba las distintas opciones de esparcimiento que se presentaban en la capital. Tales eventos oscilaban entre las famosas tamaleadas, portales, retretas, conciertos, circos y otros medios de diversión⁴⁵, hasta los no menos célebres juegos de toros,

⁴⁴ *La Gaceta. Diario Oficial*, 30 /12/1894, p. 5.

⁴⁵ Un aviso aparecido en *La Gaceta. Diario Oficial* (28/12/1894) muestra el respaldo institucional que diversiones públicas como los concursos de disfraces tenían en esta época: “Esta Gobernación ha tenido á bien disponer que las personas que voluntariamente quieran disfrazarse en los días de las próximas fiestas cívicas, deben vestirse en el edificio de depósito de maderas de Mr. Keith, situado en la calle 23 Norte, y no en otro lugar; bien entendido, que no se admitirán en las calles los disfraces que no hayan salido del lugar antes indicado. Queda

en los cuales la población se entregaba por completo, como se podrá apreciar seguidamente.

Los juegos de toros y el peso de la tradición

Desde el siglo XIX la práctica taurina ha provocado una especie de atracción en el seno de las familias costarricenses, especialmente en épocas navideñas donde la población se hace partícipe de una u otra forma en esta actividad. Esta tradición de origen colonial tuvo varios escenarios en el San José de antaño; recorriendo tablados desde el famoso Parque Morazán hasta la Sabana de Mata Redonda; o bien, desde la Plaza Municipal llamada del Ganado en el barrio de la Soledad hasta la conocida Plaza González Víquez. La fiesta taurina representó un negocio para quienes, a través de múltiples anuncios de prensa, ponían a disposición de ciudadanos y visitantes de la ciudad capital el alquiler de graderías, palcos y tablados en general, para el disfrute de las corridas en los días navideños y de año nuevo. Igualmente, la gobernación josefina realizaba un remate para el derecho de construcción de tablados, alquileres de cantinas y ventas en general, cuyos requerimientos eran avisados previamente en el periódico *La Gaceta*.

Algunas de las condiciones que se hacían evidentes en los remates indicaban con minuciosidad la forma y medida que debían tener los tablados. Por ejemplo, en el remate de las fiestas cívicas de 1894 por realizarse en La Sabana de Mata Redonda, las construcciones tenían que cumplir con las siguientes condiciones: “*Miradores ó tablados*, los pilares ó sostenes tendrán 60 centímetros de entierro, serán de madera sana, hilo recto, del grueso necesario, no se admiten puntuales de leña verde ó débil. La altura del suelo al piso, lo mismo que de este a la cubierta será el de dos metros lo menos, las escaleras serán bien proporcionadas, cómodas y situadas de tal manera que no estorben al fácil tránsito. Los asientos guardarán lo menos 50 centímetros entre cada fila longitudinal, serán fuertes y seguros si son improvisados. *Las Barreras*, serán situadas á dos metros de distancia de los tablados sin

prohibido, además, que éstos recorran las calles después de las seis de la tarde; todo bajo pena de multa ó de arresto al que contravenga á estas disposiciones. Gobernación de la provincia de San José, 26 de diciembre de 1894”, p. 6.

enlace alguno con ellos, todo será de alfajas de madera sana, fuerte que llevarán al menos 60 centímetros de entierro y un metro 50 de distancia de poste á poste, la altura de la alfaja horizontal superior será lo menos de un metro 75 del suelo, los sobrantes delos postes no deben cortarse. De trecho en trecho se dejarán boquetes de entrada en las barreras pero cerrados por la parte superior. Debajo de los miradores o tablados no habrán puestos de ventas, quedarán enteramente libres al público. Los tablados y barreras que á juicio de la comisión revisora no ofrezcan seguridad se harán refaccionar por cuenta de los empresarios⁴⁶. Los lineamientos que se establecen en las líneas anteriores parecen revelar un interés por preservar ciertas normas de seguridad en el diseño de los tablados para las actividades taurinas.

La normativa en cuestión, notable elemento de control social, también evidencia que la realización del montaje del escenario para llevar a cabo el juego de toros no se hacía de forma improvisada, pues en el mismo intervenían las autoridades en procura de resguardar cada detalle, indistintamente dónde se fuera a dar el espectáculo, existiendo inclusive la alternativa de trasladar las corridas a otro lugar, como aconteció en diciembre de 1894, cuando la Gobernación de San José debió reubicar las corridas de Mata Redonda a “la plaza municipal llamada del Ganado, en el barrio de Soledad. El remate para puestos de tablado y ventas tendrá lugar el viernes 14 del presente á las *ocho de la mañana*, en el edificio de la Gobernación, donde se indicarán los puestos en el plano respectivo.”⁴⁷ Los traslados de lugar para efectuar las festividades solían ocurrir por retrasos en el levantado de los tablados

⁴⁶ *La Gaceta. Diario Oficial*, 07/12/1894, p. 6. En *La República* (31/12/1887) se ofrecía en alquiler palcos para presenciar las corridas de toros: “Me hago el honor de poner á la disposición de la sociedad, hasta donde alcancen los asientos, el palco no. 14, situado al frente del Hospicio de Incurables. Está á cubierto del sol y es bastante fuerte. Los asientos, aunque no de de sillas, son de bancas con colchón y sumamente aseados. Los tiquetes de entrada, se expenderán en la Librería de don Joaquín Montero, calle de la Catedral No. 10 y al pie de las escalas del mismo tablado. P. Castro A. San José, diciembre 29 de 1887”, p. 4.

⁴⁷ *La Gaceta. Diario Oficial*, 13/12/1894, p. 5. Una interesante crónica aparecida en el *Diario de Costa Rica* (20/01/1885) sobre fiestas en San Ramón de Alajuela, destaca el tema de los juegos de toros en las mismas: “Toros bravísimos de la afamada ganadería de don Mercedes Quesada; y entre ellos hay uno que ni el toro salamanquino, de España, le iguala en bravura”, p. 3.

y algunas posposiciones de las fechas seleccionadas se daban debido a inclemencias en el tiempo atmosférico⁴⁸.

Otro elemento en el que es posible identificar rasgos de control social es con la participación de la fuerza pública como figuras encargadas de resguardar el orden y proteger las buenas costumbres. De acuerdo con Chester Urbina “El Gobernador se encargaría de llevar a los espectáculos el cuerpo de policía necesario para la conservación del orden. La infracción de cualquiera de las prescripciones contenidas en la reglamentación, sería castigada con multas de cien o doscientos pesos, o prisión de tres días a seis meses, a juicio de la autoridad encargada de la función, atendiendo la gravedad de la falta”.⁴⁹ La normativa resulta un aspecto fundamental que permitía a las figuras con representación de autoridad preservar el orden público y regular el comportamiento de las personas en eventos, que como los juegos de toros, solían movilizar grandes volúmenes de población.

Las actividades taurinas también representaban un negocio rentable que se hacía evidente en la comercialización al público de palcos o butacas en los mejores lugares del tablado para el deleite de los espectadores. Resulta común observar en anuncios de los periódicos josefinos la disposición de alquiler o vender asientos exclusivos para estos fines, cuyo costo dependían de la capacidad de pago de cada ciudadano, siendo posible encontrar para los sectores más adinerados los apetecidos palcos, lunetas y graderías de sombra. Por otra parte, para los sectores de la población de menor capacidad económica se encontraban el sector sol de cada plaza. Un buen ejemplo de lo dicho se da en los festejos de 1898, en las cuales don “Marcelino Acosta anunciaba para las fiestas la construcción de un TABLADO situado

⁴⁸ En *La Gaceta. Diario Oficial* (01/01/1896) se anunciaba un cambio de fecha de las festividades: “Con motivo del mal tiempo, la Municipalidad resolvió, en sesión de anoche, transferir las fiestas cívicas de esta capital para los días 5, 6 y 7 del entrante enero. Gobernación de la provincia de San José.- 28 de diciembre de 1895. C. VOLIO”, p. 4. Dos años después, el *Diario de Costa Rica* (04/01/1898) manifestaba sobre este particular: “Las fiestas se han visto afectadas por las inclemencias del tiempo”, p. 2.

⁴⁹ Urbina Gaitán. “Homogeneizando culturas. Peleas de gallos, corridas de toros y Estado en Costa Rica (1870-1914)”. *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Costa Rica, No. 89, III-2000, p. 64.

á la sombra, abrigado del viento por el Edificio Metálico, montado sobre rieles con forma especial, para ver bien los juegos á cualquier altura y dedicados todos los palcos del frente para solo familias de buena sociedad. Está marcado con letra F y queda situado entre los tablados de Don Arturo Ulloa y Don Horacio Carranza.

PRECIOS

PALCOS DE 4 ASIENTOS.....	\$8.00
LUNETAS CON ENTRADA.....	1.75

Y asiento para sirvientes de las familias que lo ocupen á 75cts. Marcelino Acosta.”⁵⁰

En ese mismo año se recordaba al público que para esas corridas de toros “el palco letrado A B C, tiene las ventajas siguientes: Fortaleza en la construcción, decencia y gran gusto en el decorado, gran sombra, y sombra fresca por el auxilio del Edificio Metálico que le queda perfectamente detrás. Además en ese estará El Heraldo, que es persona de buen humor, ventaja que por modestia no pusimos de primera”.⁵¹ La información que se desprende del relato periodístico deja claro que dentro del redondel se podía establecer una diferenciación social que se detectaba a partir de la locación que se pudiese adquirir. Sin duda el sector más popular se hallaba en la gradería de sol, el cual se conocía no solo porque su precio era mucho menor sino por la diferencia en la vestimenta y origen social de sus ocupantes.

Al respecto la prensa escrita describía con particular sarcasmo la imagen que se podía percibir en los tablados taurinos de la capital: “Al sol se adivina al pueblo, á nuestro pueblo de atávicos gustos salvajes, pero que ensanchan agradablemente el espíritu, luciendo en las mujeres, los tonos infinitos del verde y el rojo, y en los hombres las variaciones maravillosas del grito y el silbido. A la sombra en cambio, la

⁵⁰ *El Heraldo de Costa Rica*, 24/12/1898, p. 3. En *El Heraldo de Costa Rica* (24/12/1898) un anuncio insistía en la elegancia de algunos de los palcos de alquiler: “Plaza de toros. El tablado marcado con la letra F, construido sobre rieles por don Mariano Acosta, se recomienda por su solidez, comodidad, elegancia y porque solamente lo ocuparán familias de sociedad”, p. 3.

⁵¹ *El Heraldo de Costa Rica*, 25 /12 /1898, p. 3.

circunspección vestida de morenos colores y trajes europeos, animada en la conversación, correcta en el porte, y harto más simpática en las muestras aristocráticas de sus bellezas, tanto femeniles como masculinas”.⁵² La rica descripción del cronista muestra esa faceta tan reiterada en la Costa Rica finisecular de reproducir patrones de consumo europeos que contrastaban de forma notable con los que predominaban en el resto de la población.

Dentro de este escenario que tendía a dividir a los concurrentes al espectáculo taurino según su capacidad de pago, los palcos y tablados resultaban muy atractivos, por lo que sus oferentes se preocuparon de darle al cliente su mayor novedad. Una descripción de 1887 constituye un buen modelo de lo expresado: “TABLADO LA COMPETENCIA que para las próximas corridas de toros tendrá a disposición del público, un excelente tablado, en uno de los mejores puntos al lado de la sombra. Las personas que deseen tomar localidades anticipadamente pueden dirigirse a La Mascota; en donde se expenderán los billetes que corresponden á los asientos numerados y en los días festivos, en el mismo puesto”⁵³. Otro ejemplo de esto era el tablado Echeverría & Castro donde se ofrecía al público uno construido en “el mejor sitio, lado de la sombra, enseguida del palco Municipal. Las personas que quieran abonarse, pueden pasar a nuestra oficina, donde se les mostrará el plano para que escojan sus asientos”⁵⁴.

En definitiva las fiestas taurinas trajeron no solo alegría dentro de los lugareños, sino que vinieron a generar la posibilidad de diversificar la oferta comercial en torno a las distintas actividades que se celebraban en épocas navideñas, gracias al mencionado alquiler de espacios

⁵² *El Heraldo de Costa Rica*, 25 / 12 / 1898, p. 3. Chester Urbina afirma que “A principios de marzo de 1878 se había construido en San José un redondel -o circo como se le denominaba en ese entonces- destinado a las corridas de toros a la usanza española y a otros espectáculos públicos, por lo que inmediatamente se emitió un reglamento para controlar tales funciones”. “Homogeneizando culturas”, p. 64.

⁵³ *La República*, 31 / 12 / 1887, p. 3. En el *Boletín Oficial* (28/12/1874) se ofrecía la siguiente información sobre el tema de la fiesta taurina en el país: “AL PÚBLICO COSTARRICENSE. Se expone para las fiestas en la Plaza de la Estación, la cómoda y conocida gradería de José Navas y Sebastián Sánchez, en las mismas condiciones que en el año anterior. La entrada será por papeletas, que se expenderán al pie del tablado. Las familias que quieran una división completamente independiente se les puede hacer. San José, Diciembre 24 de 1874”, p. 4.

⁵⁴ *La República*, 20/12/1887, p. 4.

en los tablados, la comercialización bebidas étlicas⁵⁵ y la venta de comidas en los alrededores de la plaza de toros, entre otros, elementos que daban a estos días una connotación especial dentro de la cotidianidad que vivía la población de entonces.

Moviendo parroquianos en los rieles ferroviarios

El ferrocarril fue uno de los medios de transporte más representativos del siglo XIX en el mundo. El reconocido hijo de la Revolución Industrial le hacía honor al aprovechamiento y utilización del hierro y el acero, así como a las invenciones propias de la época, tal es el caso del vapor como fuente de energía, los cuales en su conjunto le dieron un giro profundo a la economía mundial y al desarrollo de tecnología aplicada a la producción y distribución masiva de diversos bienes de consumo. La Costa Rica de este período no estuvo ajena al impacto que generaron los procesos de industrialización y desde distintos frentes se impulsaron iniciativas tendientes a materializar la idea de la construcción de un ferrocarril que nos comunicara con el Mar Caribe.⁵⁶ La inauguración de la denominada “manía ferroviaria”⁵⁷ en Costa Rica, a inicios de la década de 1890, permitió dinamizar la economía nacional al generar la posibilidad de colocar más eficientemente nuestros productos en el mercado internacional, haciendo del oficio de las exportaciones de café y banano el vehículo perfecto para ampliar el contacto con el escenario europeo, en áreas tan diversas como la cultura, educación, moda, así como la diversificación de gustos en el consumo de alimentos y los sistemas constructivos en general.

A nivel interno la instalación de líneas ferroviarias resultó vital para acelerar el transporte de grandes volúmenes de mercancías como

⁵⁵ En *El Heraldo de Costa Rica* (10/12/1898) se anunciaba lo siguiente: “FIESTAS. Pío Acuña alquila lotes para cantinas en la plaza de toros”, p. 3.

⁵⁶ Ver: Carmen Murillo Chaverri. *Identidades de hierro y humo: la construcción del ferrocarril al Atlántico 1870-1890*. San José: Editorial Porvenir, 1995; Rodrigo Quesada Monge. “Sir Arthur B. Forwood y la compañía del ferrocarril al atlántico de Costa Rica. 1886-1896. Esbozo histórico de la primera junta directiva”. Heredia: *Revista de Historia*. Universidad Nacional, Nos. 9-10, 1980.

⁵⁷ Término que utiliza Rodrigo Quesada Monge en *Recuerdos del Imperio*. Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, 2004.

de personas. Las distancias se recorrieron en menos tiempo y en general esto permitió vincular zonas productivas con la costa caribeña. Dentro del contexto de la ejecución de festividades de fin de año que se ha venido estudiando, el ferrocarril vino a constituir un aliciente para la participación de población que no era originaria de la capital. Los anuncios suscritos en la prensa escrita por Minor C. Keith, F. W. Bornemann y H. W. Stonehewer Bird en distintos momentos de la década de 1890, muestran el interés explícito de la compañía ferroviaria por ampliar las líneas de servicio en la época de fiestas navideñas y de año nuevo en la capital costarricense.

Los avisos en cuestión indicaban de forma regular que adicional a los trenes ordinarios, los días de festividades se incorporarían en horario especial servicios adicionales que permitían a los usuarios procedentes de Alajuela, Heredia y Cartago visitar San José y regresar a sus poblados de origen por las noches. Un anuncio de fin de siglo ofrecía salidas simultáneas desde Cartago y Alajuela hacia la capital a partir de las 6:55 a.m. y regresos a esas regiones en horarios que se extendían hasta las 9:30 p.m.⁵⁸ Servicios de esta naturaleza daban la posibilidad a los visitantes de disfrutar todo el día en las fiestas, sin la necesidad de pagar estadía, aspecto que le proporcionaba rasgos multitudinarios a las festividades. Algunos trenes que salían de la capital en el transcurso de la tarde brindaban el servicio hasta la región de Juan Viñas, situación que se resaltaba con frecuencia en los avisos de periódicos.

Habría que anotar, sin embargo, que este tipo de servicios ferroviarios no solo se consagraban a las celebraciones decembrinas. Anuncios de fiestas en la provincia de Cartago durante el mes de agosto de 1892 muestran horarios especiales de trenes para población procedente de Alajuela, Heredia, Santo Domingo, San José, Tres Ríos, Turrialba y Juan Viñas.⁵⁹ Lo anterior parece evidenciar una importancia creciente del transporte ferroviario en la movilización de parroquianos asiduos de participar en festividades que se desarrollaban en distintos lugares y momentos del año.

⁵⁸ *El Heraldo de Costa Rica*, 24/12/1898, p. 4. Otro ejemplo de lo anteriormente expuesto se puede apreciar en *La República* (14/12/1892), p. 4.

⁵⁹ *La República*, 13/08/1892, p. 4.

Un comentario publicado por el editor de *El Heraldo de Costa Rica* de 1898 ofrece una idea del rol estratégico que el tren desempeñaba en el traslado de pasajeros cuyo destino era participar en las fiestas de fin de año: “Llamamos la atención al aviso que publica el Ferrocarril acerca del movimiento que tendrán los trenes durante los días de fiesta de la capital. Los provincianos no tendrán de qué dolerse ó quejarse, porque la empresa hace lo posible en su beneficio, de ellos”.⁶⁰ Sin duda alguna, el arribo del servicio ferroviario a Costa Rica hacia fines de siglo XIX vino a constituir un aliciente que colaboró de forma estrecha en el éxito de las tradicionales fiestas josefinas, que culminaban usualmente con el advenimiento del año nuevo. A la larga, el tren no solo trajo consigo la importación de productos suntuarios y otros vitales para el desarrollo de la economía agroexportadora del país desde el pujante puerto caribeño de Limón, sino que también trasladó en sus vagones a cientos de feligreses que de forma progresiva se fueron apropiando de las fiestas y costumbres que se implementaban en el mundo urbano josefino.

⁶⁰ *El Heraldo de Costa Rica*, 25/12/1898, p. 3.

Conclusión

Las celebraciones de fin y principio de año que se llevan a cabo en capital costarricense durante los tres lustros finales del siglo XIX son un reflejo de un conjunto de cambios que estaba experimentando la nación como tal. La nueva realidad financiera, resultado de la inserción formal del país al mercado mundial, transformó de modo progresivo un grupo de tradiciones de corte colonial, todavía vigentes en la segunda mitad de la centuria. Algunas de las transformaciones de mayor alcance guardan estrecha relación con la incorporación de nuevos hábitos de consumo en áreas como la adquisición de alimentos sofisticados de origen extranjero, la compra de ropas y mercerías procedentes de las capitales de la moda de entonces y la reproducción de un sector de la sociedad de patrones de vida ajenos a los que predominaban en el entorno local.

Las celebraciones de navidad y la organización de las denominadas fiestas cívicas en San José, resultaban una singular combinación de costumbres heredadas como el diseño de portales, canto de retretas, organización de posadas elaboración de comidas de corte tradicional y corridas de toros, con la incorporación sucesiva de hábitos de consumo importados de Europa y Estados Unidos, tales como la venta y decoración de árboles de navidad, el ingesta de uvas frescas, manzanas, pavo y la adquisición de vestimentas, accesorios, perfumería, sombreros de pita y trajes confeccionados a la medida. La pervivencia de algunas usanzas se fusiona inevitablemente con el arribo de nuevas prácticas que le dan a la capital del país un colorido particular.

La gran novedad de fines de siglo, el ferrocarril, constituye para estos efectos, el medio que logra articular la cotidianidad de “provincianos”, tal como los denomina los editores de la prensa escrita de la época, al mundo festivo josefino de entonces, trasladando una y otra vez, a los pobladores que habitan en los sectores aledaños de la capital, hacia las festividades decembrinas y de año nuevo. Esto parece darle al servicio ferroviario un papel difusor y articulador de las actividades de diversión y esparcimiento urbano hacia las poblaciones adyacentes, situación que con el transcurrir del tiempo contribuirá a integrar la población del país bajo ciertos patrones de vida y de consumo.

